

THE INDUSTRIOUS REVOLUTION. CONSUMER BEHAVIOR AND THE HOUSEHOLD ECONOMY 1650 TO THE PRESENT.

Autores: Jan De Vries, Cambridge University Press, 2008, United States of America.

Por Carolina Román

El debate sobre las explicaciones de la Revolución Industrial (RI) en Inglaterra ha sido de los más intensos en la historia económica. La contribución principal de Jan de Vries, plasmada en su artículo del *Journal of Economic History* de 1994, es la introducción de un nuevo concepto para comprender mejor la Revolución Industrial: la Revolución Industriosa¹. La idea principal es que existió un proceso previo a la RI caracterizado por cambios en la cultura de trabajo y nuevas pautas de consumo entre los obreros ingleses hacia mediados del siglo XVII y definió estas transformaciones como una “Revolución Industriosa”. Estos cambios ocurren a nivel de la economía doméstica e implicaron nuevas decisiones de los hogares respecto a la redistribución de sus recursos, principalmente el factor trabajo, más trabajo y menos ocio, resultando en un aumento de la oferta de trabajo (en horas y la incorporación de nuevos miembros), y la asignación del trabajo hacia bienes comercializables más que a bienes de subsistencia (aumento de la oferta de bienes). Como resultado se produjo un aumento de la demanda de bienes. La revolución industriosa define entonces un conjunto de cambios en el comportamiento de los hogares con importantes consecuencias sobre la demanda, que precedieron la RI, fenómeno tradicionalmente explicado por el lado de la oferta.

Jan De Vries es profesor de Historia y Economía del Departamento de Historia de la Universidad de California en Berkeley desde el año 1973. En el libro “The industrious revolution. Consumer behavior and the household economy 1650 to the present”, cuya primera publicación es del 2008, de Vries desarrolla extensamente el concepto de Revolución Industriosa, que si bien caracteriza el período entre mediados del siglo XVII y el siglo XVIII, lo extiende hasta la actualidad. El tema central de su libro abarca el análisis del comportamiento de consumidor y la economía doméstica en un horizonte de largo plazo. Según explica el autor, en “largo siglo” XVIII nuevas aspiraciones

de consumo junto con un nuevo comportamiento industrial alteran la cultura material del Noroeste de Europa y de América del Norte. En este contexto es que ocurre la Revolución Industrial y el crecimiento económico. El libro explora los factores que explican la importancia de los bienes de consumo y el comportamiento de consumo de los hogares.

El libro contiene seis capítulos. En el primero se ocupa de la transformación del consumo en el “largo” siglo XVIII. El segundo capítulo describe los orígenes de la Revolución Industrial. En el capítulo tres el foco es la oferta de trabajo mientras que en cuarto se explica la demanda de consumo. En el quinto capítulo se estudian los cambios al interior de los hogares, principalmente el nuevo rol del jefe del hogar (*the bread winner-homemaker household*). Finalmente, en el último capítulo analiza las características de una segunda revolución industriosa que el autor identifica a partir de mediados del siglo XX.

El primer capítulo, más bien teórico, se ocupa de la transformación del deseo de consumo en el largo siglo XVIII. Se hace un recorrido desde las teorías de consumo más convencionales, se discuten sus limitaciones y se presentan nuevos enfoques teóricos. El autor comienza por preguntarse sobre el carácter histórico del comportamiento del consumo y si existe un proceso lineal en la evolución del consumo, o si por el contrario, han existido puntos de quiebre o de divergencia en su evolución. Explica que estas preguntas esconden un dilema fundamental en función de cómo se considera a los individuos en su relación con el consumo: si estos son agentes activos y creativos ó si se asume que sus decisiones están determinadas por fuerzas externas. Se plantea que tanto los historiadores como los economistas han investigado el comportamiento del consumidor adoptando una de estas dos posiciones dejando poco espacio para una historia del comportamiento del consumo que articule impulsos individuales con las fuerzas más culturales, sociales, económicas e institucionales. El autor construye su argumento, discutiendo los aportes de diversos autores, Adam Smith, Marshall, Becker, Schumpeter, Weber, Keynes, Veblen, Duesenberry y Lancaster. Cuestiona que si bien los economistas

1 DE VRIES, Jan (1994): “The Industrial Revolution and the Industrious Revolution”, *The Journal of Economic History*, Vol. 54, No. 2, 249-270.

analizan los problemas considerando la oferta y la demanda como dos fuerzas que determinan el mercado no se admite a la demanda con un rol causal en el proceso de crecimiento económico. Por el contrario, el crecimiento económico moderno ha sido estudiado, fundamentalmente, desde el lado de la oferta. Ya Adam Smith planteaba “*el consumo es el único fin y propósito de toda la producción*” dejando claro la causalidad entre la oferta y la demanda: el consumo responde al desarrollo de las fuerzas productivas. En este marco, la RI ha sido explicada como un fenómeno de la oferta y de Vries reconsidera la importancia del papel de la demanda. El interés por la demanda lo lleva al consumo, y entender el comportamiento del consumidor lo lleva a ocuparse de la familia y de la economía doméstica. Se busca relacionar el comportamiento de los hogares con el del mercado y pensar en esta interacción como un fenómeno histórico. Un hogar es una entidad que cumple diversas funciones, de reproducción, producción, consumo, distribución de recursos entre sus miembros, transferencia de riqueza entre generaciones, que además interactúan y se relacionan con los intereses de otros individuos, lo que genera que las decisiones de los hogares resulte compleja. En este libro, de todas estas funciones se centra en la producción y el consumo que a nivel de los hogares están muy relacionadas entre sí. Este marco de análisis lo aplica a su hipótesis: el noroeste de Europa y Estados Unidos experimentaron una revolución industrial durante el largo siglo XVIII, 1650-1850, durante la cual un creciente número de hogares reasignaron sus recursos productivos (asignación de tiempo) de manera tal que incrementaron la oferta orientada al mercado, las actividades remuneradas, y la demanda de bienes. Al mismo tiempo, la mayor especialización en la producción de los hogares le permitió aumentar su acceso al consumo.

El planteo del autor se ubica en una posición intermedia, entre los determinantes puros del mercado -precios relativos y salarios reales- y los rasgos típicos del comportamiento de los hogares, por eso habla de interacción entre las relaciones del mercado y los hogares. Los hogares son comprendidos como agentes activos, con familias tradicionalmente “débiles”, entendidas como familias pequeñas formadas por los miembros nucleares más dependientes de instituciones externas como la iglesia o la comunidad civil. ¿Qué formas toma esta interacción entre los hogares y el mercado, a medida que se desarrolla la economía de mercado? De Vries parte de la teoría económica convencional, según la cual los consumidores son agentes maximizadores que elegirán la combinación de bienes sujeta a su restricción presupuestal que les reporte más utilidad, e incorpora

un comportamiento más complejo del consumidor. Distingue diversos tipos de utilidad y se asume al consumidor como un agente activo, que forma sus preferencias a partir de su interacción con la oferta de bienes, donde sus decisiones se describen por procesos de acierto y error, y desarrolla complementariedades con otras formas de consumir. La utilidad del individuo no depende únicamente de las cualidades intrínsecas de los bienes consumidos, sino que también dependen del conocimiento y la experiencia, el denominado “capital de consumo” (*consumer capital*), y de la combinación de los bienes disponibles. El concepto de consumo es más amplio que la utilidad física de los bienes. Introduce la distinción de Lancaster entre los “bienes” que son comprados y sus “características” que brindan utilidad y son las que finalmente son consumidas. Estos conceptos permiten definir la “tecnología de consumo” como el proceso a través del cual los hogares convierten los bienes en características consumidas. Este concepto había sido desarrollado por Becker, al caracterizar la nueva economía doméstica, que ubica al hogar como unidad de análisis. Los individuos consumen en el contexto de los hogares, y estos últimos, al igual que las empresas combinan insumos (inputs) para producir bienes de acuerdo a su función de producción, los hogares combinan bienes comprados y el trabajo para producir la combinación de bienes de acuerdo a las tecnologías de consumo disponibles. Las decisiones de los hogares sobre qué consumen sus miembros no son arbitrarias, ni tampoco están determinadas por fuerzas externas. Las experiencias de consumo generan “capital de consumo”, y esto se ve influido por las propias decisiones de los hogares que pueden alterarse por nuevas oportunidades de mercado, pero también por nuevas aspiraciones de los consumidores en su búsqueda activa.

El segundo capítulo describe los orígenes de la Revolución Industrial. El argumento histórico que plantea es que “en largo siglo XVIII” tanto la demanda de consumo como la oferta del mercado de trabajo crecieron a partir de la reasignación de los recursos productivos de los hogares. Esta redistribución, entre tiempo y ocio, está en el punto central de la división de trabajo que Adam Smith utiliza para explicar el crecimiento económico. Surgían oportunidades en el mercado para los hogares: especialización agrícola, producción proto industrial, trabajo asalariado y actividades comerciales. La mayor parte de los miembros del hogar comenzaron a participar de estas actividades y la economía doméstica pasó a estar más especializada. A través de la especialización y el “aprender haciendo” (*learning by doing*) se aspiraba alcanzar una mayor productividad.

En el tercer capítulo se desarrolla uno de los aspectos más importantes de la revolución industrial: los cambios en la oferta de trabajo. La pregunta central del largo siglo XVIII que se formula es si el objetivo de los hogares al aumentar su trabajo fue la aspiración a consumir más y/o diversificar su consumo. Compara la revolución industrial en el Este en contraste con Occidente. En Asia se ha aludido al concepto de revolución industrial para describir los cambios en lo campesinos y sus métodos de cultivo, un proceso de industrialización intensivo en trabajo en lugar de capital y recursos como el que siguieron las economías de occidente. Argumenta que el crecimiento de la productividad alcanzado en occidente antes del siglo XIX no se basaba en cambios demográficos ni tecnológicos, sino en la reorganización de los hogares como una entidad económica, quienes reasignan los recursos como respuesta a las oportunidades de mercado. Los hogares pasaron de la venta de bienes complementando la producción del hogar a una producción orientada al mercado. Analiza los distintos factores que impulsaron la revolución industrial: los ingresos de los hogares, los días de trabajo, la especialización agrícola, la proto-industria, los cambios en la vestimenta, el aumento de la oferta y la intensidad de trabajo.

En el capítulo cuarto analiza como las transformaciones en el comportamiento de los hogares y la oferta de trabajo implicaron cambios en la demanda de consumo. La nueva industrialidad estuvo motivada por nuevas aspiraciones de consumo. La demanda de consumo estaba asociada con una mayor capacidad de elección de tecnologías de consumo. Un aumento de la sustituibilidad entre bienes y trabajo hizo posible redistribuir los factores productivos del hogar y al mismo tiempo reasignar los recursos de consumo al interior del mismo. La demanda de consumo se desarrolló a través de la interacción entre el mercado y el sistema productivo del hogar. El surgimiento de nuevos bienes consumidos por determinados grupos (*incentive goods*) generaron nuevas demandas de otros grupos.

En el capítulo quinto se ocupa de los cambios en la composición familiar, en particular el nuevo rol del jefe del hogar (*the bread winner-homemaker household*). Los cambios en la composición familiar no constituyeron un proceso lineal. La nueva economía doméstica paso a orientar su producción hacia el mercado y surgen nuevos perceptores de ingreso y una especialización al interior del hogar. Esta reorganización de los hogares de la clase trabajadora, luego de 1850 fue motivada, en parte, por cambios en las aspiraciones de consumo de la familia.

Finalmente, en el último capítulo se analizan las transformaciones que ocurren a partir de la segunda mitad del siglo XX que de Vries identifica como características de una nueva Revolución Industrial. Analiza estos cambios a través de la interacción entre el trabajo y el consumo al igual que estudió el siglo XVIII. Esta segunda revolución industrial tiene similitudes con la primera en términos de los cambios en las decisiones del hogar sobre los objetivos de consumo y la forma de alcanzarlos: incorporación de la mujer al mercado laboral, surgimiento de hogares con varios perceptores de ingresos, trabajo reorientado al mercado, introducción de tecnologías de consumo menos intensivas en el uso de trabajo doméstico, traslado de las preferencias de consumo hacia servicios, consumo público e individual. Las diferencias que surgen en el siglo XX, son sobre todo en torno al rol del Estado afectando el comportamiento de los hogares: la participación del estado en las decisiones de los hogares (a través de políticas de educación, leyes sobre el trabajo infantil, sistema de seguridad, el sistema de impuestos sobre el ingreso), afectan la permanencia de la fuerza de trabajo al igual que las formas de participación. El estado también influye en la organización de la economía doméstica a través de la redistribución de ingreso entre los hogares y muchas veces dentro de estos. El desarrollo del estado de bienestar estimula el consumo de determinados bienes y servicios ya sea a través de subsidios o provisión directa (educación, salud, cuidado de los niños, vivienda, bienes culturales, etc.). Otro factor ha sido la transición demográfica que afecta el tamaño y la estructura de los hogares. La sociedad experimenta una larga transición desde familias extendidas hacia familias nucleares y hacia el individualismo que necesariamente genera el debilitamiento de la unión familiar. Al contrario que las interpretaciones lineales, la revolución industrial comenzó antes del aumento de la industria moderna y llevó hacia formas de organización del hogar y el consumo que no pueden reducirse a la oferta de productos de la industria moderna. No hay procesos lineales en los cambios familiares o del comportamiento de consumo. Sin dejar de lado el efecto de la educación, la tecnología, las políticas de gobierno y el control de la fertilidad en las formas que adoptan los hogares y la asignación del tiempo, se cuestiona si la línea de causalidad se origina en estas variables. La velocidad y la fuerza de los cambios de estas variables están relacionadas con decisiones tomadas dentro del hogar en relación con los bienes consumidos, las opciones de tecnologías de consumo para alcanzar las aspiraciones y la especialización entre los miembros del hogar. Estos cambios hay que

entenderlos como las acciones de los hogares, para concretar aspiraciones de consumo y la asignación del tiempo al trabajo y al ocio.

A manera de conclusión, el autor a lo largo de su libro busca articular su enfoque desde el lado de la demanda con el nivel micro de los hogares en un horizonte de largo plazo que abarca trescientos años. Su estudio brinda una historia de la economía doméstica como unidad de análisis para explicar el comportamiento del consumo en el largo plazo. Como dice el autor, su aspiración con este trabajo es desafiar el supuesto que el crecimiento económico está directamente relacionado con el incremento del bienestar y centrar la atención en el rol de los hogares y sus estrategias para alcanzar aspiraciones de consumo. De Vries le asigna un rol importante a la economía doméstica y a su dinámica dentro del proceso de crecimiento económico. Esta contribución es relevante en la medida que la mayor parte de la investigación en la historia económica ha estado volcada a explicaciones por el lado de la oferta, esto es, los factores que explican la evolución de la pro-

ducción de bienes y servicios. De Vries se focaliza en explicar el comportamiento del consumo de los hogares, un componente fundamental de la demanda agregada que hoy explica cerca de las dos terceras partes de la demanda total de bienes y servicios. Otro aspecto interesante del libro, es la aplicación del marco analítico que contiene la Revolución Industrial, un fenómeno típicamente del siglo XVII y XVIII para poder aplicarlo a transformaciones que se han dado hacia mediados del siglo XX. En este sentido, la Revolución Industrial deja de ser un fenómeno exclusivamente histórico, para convertirse en un marco de análisis posible de aplicar a otras realidades y períodos. Fortalecer esta línea de investigación, aportando elementos del lado de la demanda, y en particular, de los cambios en los patrones de consumo de los hogares, puede permitir aportar nueva luz sobre los procesos de desarrollo económico. El estudio de De Vries está centrado en la experiencia del Noroeste de Europa y Estados Unidos y sería interesante poder aplicar el análisis al caso de algunas regiones de América Latina.